

ESTA OBRA SE REPRESENTÓ POR LA PRIMERA VEZ EN EL
 TEATRO ESPAÑOL LA NOCHE DEL 5 DE MARZO DE 1908
 CON EL SIGUIENTE

REPARTO

PERSONAJES

CID RODRIGO DE VIVAR.....	Sr.
DON FERNANDO, Infante de Carrión.....	
DON DIEGO, Infante de Carrión.....	
TÉLLEZ MUÑOZ.....	
BEN GEHAF.....	
DON JERÓNIMO, Monge cluniacense.....	
GIL BUSTOS.....	
MUÑO GUSTIOZ.....	
UN BEDUINO.....	
PEDO BERMÚDEZ.....	
MINAYA.....	
LAIN.....	
UN ALMORAVIDE.....	
UN HERIDO.....	
UN HERALDO.....	
MOTALEB.....	
UN NIÑO.....	
DOÑA ELVIRA.....	Srta.
DOÑA SOL.....	Sra.
DOÑA JIMENA.....	Srta.
SOBEYA.....	
LOBNA.....	Sra.
ZAHARA.....	
NOCIMA.....	Srta.
AMINA.....	
SAIDA.....	
MUJER 1. ^a	
IDEM 2. ^a	
MORA 1. ^a	Sra.
IDEM 2. ^a	Srta.
IDEM 3. ^a	Sra.
UNA DAMA.....	Srta.

Damas, moras, soldados, gente del pueblo, almoravides, etc., etc.

ACTORES

DÍAZ DE MENDOZA (F.)
 DÍAZ DE MENDOZA (M.)
 ALLEN-PERKINS.
 CODINA.
 PALANCA.
 DÍAZ.
 CIRERA.
 URQUIJO.
 CARSI.
 GUERRERO.
 JUSTE.
 CAYUELA.
 VARGAS.
 MEDINA.
 FERNÁNDEZ.
 MEDINA.
 MARTÍNEZ.
 GUERRERO.
 BÁRCENA (C.)
 CANCIO.
 ROCA.
 SALVADOR.
 VILLEGAS.
 BÁRCENA (L.)
 GARCÍA.
 BÁRCENA (L.)
 RIQUELME.
 VILLEGAS.
 BUENO.
 MORENO.
 JIMÉNEZ.
 GARCÍA.

ACTO PRIMERO

LA ACCIÓN EN VALENCIA DURANTE SU CONQUISTA POR LAS GENTES
 DEL CID. — SIGLO XI.

UNIVERSIDAD DE BOMBAY LEÓN
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 "ALFONSO DE YES"
 1925 MONTERREY, MEXICO

La escena representa una sala en el alcázar moro de Valencia.
En el fondo, especie de gran azotea con barandal que da á la plaza. Como el alcázar esta edificado en una eminencia, en el telón de fondo se verá representada, en perspectiva, la ciudad.

A la derecha, puerta que viene del interior del alcázar.

A la izquierda, gran puerta de ingreso en la sala.

En el fondo, rincón izquierda, puertecita con escalera que conduce á las habitaciones de la torre.

Al levantarse el telón, estará doña Jimena sentada en un bajo escabel, hilando lana maquinal y reposadamente en una rueca. Doña Sol ríe y juega charlando con su primo Téllez Muñoz en un sitio apartado de la escena. Doña Elvira estará en el fondo apoyada de codos en el barandal, la mirada perdida en el horizonte, contemplando fijamente, en la puesta, el maravilloso espectáculo de la ciudad.

DOÑA JIMENA

Reprendiendo bondadosamente á su hija Sol.

Tú serás siempre, hija Sol, una niña...

DOÑA SOL

Corriendo á su lado cariñosamente, con aturdimiento y mimo al mismo tiempo.

¡Siempre una niña!... y tendré, por las tardes,
siempre, á la puesta del sol, mucho miedo;
y, para echar fuera el miedo, sentada
siempre á tus pies, te diré que me cuentes,
madre, las viejas historias que sabes
que me hacen bien y me duermen el alma...

Volviéndose á Téllez Muñoz y haciéndole con la mano gestos que se acerque á ella.

Y diré á Téllez Muñoz que se acerque
para escucharlas también...

TÉLLEZ MUÑOZ

Sentándose al lado de su prima y sonriendo.

¿Siempre?...

DOÑA SOL

¡Siempre!

DOÑA JIMENA

Reconvención cariñosa.

¡Hija!...

DOÑA SOL

No, madre, ¡si es darle castigo!
¡sí ya lo sé que él quisiera dejarnos
y andar afuera, á los francos amigos,

á recorrer la ciudad, entre fiestas,
y á sorprender, levantando tapices,
zambra de moras con música y ruido!

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Loca!...

DOÑA SOL

¡Y le mando! ¡Y le tengo sujeto!
Todo en castigo, señor primo mío,
del tiempo aquel, pasado en Cardaña,
solas las tres, sin apoyo de hombre,
porque sopló la ambición en la casa
y allá se fueron los fuertes pendones
á campear por el monte y los llanos,
sin acordarse del bien que dejaban.

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Oh, no es verdad!

DOÑA SOL

Las corazas bien prietas,
que el corazón palpitar no se oía...

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Oh, cuánto engaño!

DOÑA SOL

Los ojos dispersos
en la inquietud de las marchas errantes
y allá, detrás, en los llanos oscuros,
sobre las aguas del río materno,
la niebla azul de un recuerdo de infancia
que, á cada sol que nacía, era menos...
¡Ahora me vengo de todo!

DOÑA JIMENA

Igual tono de reconvencción que antes.

¡Hija, hija!...

¿qué sombra dan á tu frente las tocas
que no te sale palabra medida?
¿Piensas que estás en los trigos de Burgos
jugando aún y que á nada te obliga
este brial que te cae desde el talle
hasta cubrirte los pies, arrastrando?
Como tu madre hila el copo y obliga
... así... apretando los dedos... á hacerse
toda juiciosa, en el hilo, la hilaza,
forzarás tú al pensamiento á que pase
siempre medido por entre tus labios.
¡Conserva entero tu copo en el alma!
¡Guárdalo allí, que está suave y florido,
y, como blanco vellón, para hueco,
y, con el viento, si afuera lo sacas,
has de dejarlo prendido en las zarzas!
Téllez Muñoz, eres dueño de irte
ó de quedarte, y perdona, si dijo
bellaquerías de niña, á la niña.

DOÑA SOL

Acento de compunción infantil.

Madre, perdona también...

La besa en la frente y añade:

DOÑA JIMENA

¿No querías
que te contara la historia de siempre?

DOÑA SOL

La de la lana y el manto... ¡Sí, madre!

Afectando indiferencia: á su primo.

No, vete tú... si no quiero que escuches...
¡si fueron juegos de niña!... no; vete.

Casi empujándole para apartarle de su lado.

DOÑA JIMENA

¿Te aquietarás, hija Sol?

DOÑA SOL

Sentándose de modo que da la espalda á Téllez: éste soaie.

Cuenta, madre.

DOÑA JIMENA

Sonriente también: con el tono del que narra una conseja.

«La madre se queda en casa,
el padre se va á la guerra:
la hija quería abrazarle,
no llegaba á la estribera.
La madre la toma en brazos;
se abaja el padre y la besa;
—¡ay, si estuviera en mi lanza,
había de hacerte Reina!—

»La mujer hilaba lana,
el marido gana tierras;
la niña ganaba en años
los años de la belleza...
—¿Qué has hecho, mujer, el tiempo
que yo he pasado en la guerra?—
—Primero hilaba esta lana,
después tejía esta tela;
ahora, que nos vuelves tú,
dirás para qué aprovecha.—
—Ahora, que os he vuelto yo,
diré para qué aprovecha:
dame tijeras de plata,
y dile á tu hija que venga;
para sus hombros reales
cortaré un manto de reina.—

»La buscan por todas partes,
la llaman y no contesta;
de los graneros al patio,
del estrado á la escalera...
En aquella alcoba, muda,
de que han entrado, ya tiemblan:
tendida en su cama blanca,
blanca está, como la cera;
encima del corazón
las dos manos tiene puestas.
—Toma la tela, mujer,
que yo non tendría fuerzas;
con el temblor de los dedos,
non cortarí á derechas.
Lo que debía ser manto
será mortaja de reina...
¡Lanza que me has dado un trono,
para qué poco aprovechas!»

DOÑA ELVIRA

Que habrá ido interesándose poco á poco
en el relato de doña Jimena: á su hermana.

¿Por qué te gusta esta historia?

DOÑA SOL

Yo encuentro
que en ella está toda entera mi alma,
¡tengo un cariño á la muerta!—La veo,
con las dos manos encima del pecho,

así... ¿verdad, moriría de amores,
en aquel triste rincón de su alcoba?

DOÑA ELVIRA

De las historias que madre nos cuenta,
hay una sola que siempre recuerdo:
la de la moza que venga á su padre,
vistiendo cota y velme; en el puño,
la enorme lanza del viejo; en el cinto,
el espadón del hermano, sangriento.

DOÑA SOL

¡Guárdalas tú las visiones de sangre,
que tienes alma de juez!

DOÑA JIMENA

¡Hija!...

DOÑA ELVIRA

Por alguien que verá entrar en el patio,
sobre el que se supone abierta la terraza.

¡Mira,
hermana Sol! Los Infantes aquellos
vuelven á entrar en el patio... ¡qué noble
tiene el andar don Fernando el Barbado!
El pelotón de sus gentes parece,
siempre tras él, cabalgada de corte;

y, con los claros granates, el yelmo
una corona real.

DOÑA SOL

Haciendo ademán de ir á reunirse con su
hermana.

¡Quiero verles!

TÉLLEZ MUÑOZ

Saliendo al encuentro.

Prima Sol...

DOÑA SOL

Téllez Muñoz, ¿qué te pasa?

TÉLLEZ MUÑOZ

...Y tú también, prima Elvira, escuchadme:
con vuestra venia, Jimena.

DOÑA ELVIRA

Reuniéndose con su hermana y su primo.

¿Qué quieres?

DOÑA JIMENA

Dejando su labor.

Habla.

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Que Dios Jesucristo me libre
 en todo tiempo de torpe calumnia!
 ¡Cuervos me saquen, hiriéndome el cráneo,
 de dentro de él, todo mal pensamiento!
 pero estos vanos Infantes no entraron
 para descanso del Cid en Valencia.

DOÑA ELVIRA

¡Vienen con cartas del Rey!

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Del rey vino
 sobre la frente del Cid el destierro!

DOÑA ELVIRA

¡Son más que hidalgos; señores de tierras
 y tienen sangre de reyes!

TÉLLEZ MUÑOZ

Don Diego,
 el bajo, el blanco, el lampiño, temblaba
 ayer, mirando mi espada con sangre,
 al regresar de la algara.

DOÑA ELVIRA

Fernando
 tiene la talle del Cid; y sus hombros
 soportarían la misma coraza.

DOÑA JIMENA

¿Qué te ha llevado á dudar?

TÉLLEZ MUÑOZ

Siempre solos,
 tienen los dos los coloquios secretos;
 rien, al vernos pasar; no campean;
 aun no han probado su lanza en la algara,
 y ya Valencia les llama cobardes.
 Si no á luchar, ¿á qué fin han venido?

DOÑA ELVIRA

Para un Infante no basta una algara,
 Téllez Muñoz, y su lanza la guardan
 para salir á conquista de reinos.

TÉLLEZ MUÑOZ

Yo he sorprendido...

DOÑA ELVIRA

Interrumpiéndole, con intención y brusquedad.

Tú tienes los ojos
puestos en tí; tú has cerrado tu coto
y estás á ver qué enemigos lo atacan.

TÉLLEZ MUÑOZ

Pero Bermúdez, oyó...

DOÑA SOL

Riendo.

No lo mientes:
¡mal testimonio el de Pero Bermúdez!

TÉLLEZ MUÑOZ

A doña Jimena: Viendo que sus primas
no quieren escucharle y acuden al barandal á ver llegar los Infantes.

¿Sabéis si el Cid, como todos los viernes,
oirá á su gente en justicia esta tarde?

DOÑA JIMENA

Oirá á su gente al volver de la algará;
resolverá de un cautivo que han hecho,
y tasará los nuevos tributos.

TÉLLEZ MUÑOZ

¿Y dónde están los que aguardan audiencia?

DOÑA JIMENA

Señalando la puerta lateral.

En esta sala.

TÉLLEZ MUÑOZ

Abriendo la puerta.

¡Haga Dios que el aviso
de un castellano leal llegue á tiempo!

Sale.

DOÑA SOL

A su hermana.

¡Se va ofendido! Tú fuiste la causa.

DOÑA ELVIRA

Le hablé sin calma, tentó mi paciencia...

DOÑA SOL

Madre, tú que eres tan buena con todos,
guardas para él las frías reservas.

DOÑA JIMENA

Hijas, yo estoy que no vivo, en Valencia;
 perdida voy por todo el Alcázar;
 le tengo miedo á tener un deseo,
 más miedo aún á advertirlo en vosotras.
 Somos en estas grandezas guerreras,
 menos que el palo que fija una tienda.
 ¡Pobres mujeres, en campo de luchas,
 como la enseña gloriosas, corremos
 igual peligro; seremos, como ella,
 honor de propios, codicia de extraños!
 Venidme cerca, más cerca, mis hijas.
 ¡Oh, qué dolor no poder ya cubriros,
 como en Cardena, á las dos en mi manto!
 Vuestras cabezas ya alcanzan la mía
 y el corazón se me sale del pecho
 y sufre y se abre, queriendo abrigarlas.
 ¡Oh, retened el deseo, pedidle
 poco á la vida, más poco á la madre
 que, en mi cintura, las llaves son pocas
 y acaso estén vacías las arcas!
 Cabe un instante abrirán estas puertas
 y será un río de sueltas codicias;
 los de Castilla y León; los de Asturias,
 los capitanes de hueste, las lanzas,
 los de Valencia, á la fuerza rebeldes;
 los de Carrión, por el Rey poderosos,
 todos vendrán á pedir: ambas manos
 tendrá que abrir en la audiencia Rodrigo
 y el corazón y las mismas entrañas:
 que cuando suba á la estancia, en la torre
 rendido, exhausto, no encuentre codicias

en casa; el nido que ha puesto tan alto
 hállelo blando y propicio, mis hijas:
 todos serán á pedirle; nosotras,
 juntas las tres, seamos á darle.
 Alma y sentidos y vida y potencias
 él os ha dado, él os guarda: de él sean.
 Manos de padre, entregaos á ella
 y no os perdáis por los negros caminos.

Rumor de las gentes que aguardan en la
 calle la llegada del Cid.

DOÑA JIMENA

Vamos, que aguarda la gente.

DOÑA ELVIRA

Yo siento
 que he de ayudarle en las grandes empresas.

DOÑA SOL

Yo en las pequeñas, que más no podría.

Entran unos hombres de armas y, entre
 ellos, Muño Gustioz, que se arrimará al ba-
 randal para imponer, desde allí, silencio á
 la muchedumbre.

DOÑA JIMENA

Empezando á salir.

Vamos, que ya se impacientan las turbas.

DOÑA SOL

¿Es que amenazan?

DOÑA ELVIRA

No, hermana, es que aclaman.

DOÑA SOL

A mí ambas cosas me suenan lo mismo.

Salen: primero doña Jimena y doña Sol, que parece acogerse á ella. Doña Elvira contempla un instante las turbas que aumentan en sus aclamaciones; luego, volviendo á menudo la cabeza, y como arrancándose dolorosamente de aquella glorificación, desaparece, á su vez, por la escalera que conduce á la estancia de la torre.

MUÑO GUSTIOZ

Haceos atrás, cristianos, que podrán abrir las puertas.

Después de gritar esto á las turbas que están en la calle, dice á los soldados que han entrado con él,

El río viene crecido, temo que arrastre las piedras.
No sé por qué Mio Cid en estos juicios se empeña,
teniendo tan buena lanza para hacer justicia á secas.
¡Abrid las puertas!

Entran el Cid y Alvar Fañez de Minaya, que lleva un pliego en la mano; el Cid, cubierto de polvo y de sudor, como quien regresa de una escaramuza.

CID

¡No abridlas! Dame, Minaya, que aun lea.

Toma el pergamino y lee.

«Tú eres grande por tu brazo; yo por el Cielo lo soy; bien podemos tratar ambos que tenemos igual pro: tú tienes dos hijas tuyas, dos ahijados tengo yo; tus hijas son ricas hembras, Doña Elvira y Doña Sol; mis ahijados son hidalgos; los infantes de Carrión. Ellos se prendaron de ellas; no les culpes, que es razón; de Doña Elvira, Fernando, y Diego, de Doña Sol. A Valencia te los mando, tú dispondrás de los dos; si, lo que deseo, aceptas, te envío mi bendición: Ve que mezclando estas sangres mezclaremos nuestro amor; que por tenerte más mío, quiero ser más tuyo, yo. —En Toledo, Alfonso, el Rey de Castilla y de León.»

Deja de leer.

Alvar Fañez de Minaya, tú eres mi mano derecha; pero estos pliegos del Rey, ¡así no me los traieras! Más me fatiga esta carta que dos días de pelea; ¡más que tomar un castillo, cumplir con ella me cuesta!

A Muño Gustioz, imperativamente.

¡Los infantes de Carrión, llamadles!

MINAYA

Si el Rey desea tenderos así una mano, ¿por qué rechazarla?

CID

¡Reinas

quisiera ver á mis hijas!

MINAYA

El infantazgo es la puerta
que da á las salas del trono.

CID

Sólo una cosa me tienta:
y es ver que las casa un rey, como si sus hijas fueran.
No he de mezclarme en las bodas ni á retardarlas ni á hacerlas:
dejo á las manos reales todo el dictamen en ellas.

Entran en escena los dos Infantes de Carrión, conducidos por Muño Gustioz.

¡Sed, Infantes de Carrión, bien venidos á Valencia!
De los deseos del Rey y de los vuestros me enteran
Minaya, con sus palabras, y este pliego con sus letras:
yo doy mis hijas al Rey porque el Rey disponga de ellas,
no me agradezcáis la acción, que no es acción la obediencia;
pero, pues ya sois mis hijos, dejad que la mano os tienda.

Los dos le besarán la mano; movimiento en Minaya, Gustioz y los hombres que rodean al Cid.

LOS INFANTES

A la vez.

¡Señor!

CID

Descendéis de reyes y seréis mi descendencia:
desde hoy ungen vuestras frentes, hijos míos, dos noblezas:
la que de los Reyes sale, la que con ellos se encuentra.
Tizona que era mi espada ha de pasar á tu diestra:
mi hija Elvira, ante el altar, te ha de hacer ofrenda de ella.

DON FERNANDO

No he de esforzarme, Señor, con tal arma en la refriega,
que ella sabrá triunfar sola con la enseñanza que lleva.

CID

A tí, Diego, mi caballo te ensillarán.

DON DIEGO

Así pueda
hacer que no advierta el cambio cuando le dé con la espuela.

CID

Llévale siempre al peligro, si quieres que no lo advierta.
Porque ya sois de mi casa, hoy probaréis de mi mesa:
tú, Alvar Fañez de Minaya, que eres mi mano derecha,
lugar-teniente del Rey, has de hacer las bodas estas:
tú les darás á mis hijas en nombre del que gobierna:
á Fernando doña Elvira, á Diego doña Sol: sean
como honradas, venturosas; respetadas, como buenas.
A tus lados las tendrás como si su padre fueras,

y sepa que el Rey las casa toda la gente en Valencia.—
Ahora, porque pasen todos, abridme bien las dos puertas:
escalen el barandal los que en el patio no quepan:
más que todos sus respetos, tráiganme todas sus quejas
y contra mis propios yerros mi propio brazo requieran.

Abren las dos puertas. Invade una muchedumbre la sala. Los Infantes amedrentados retiranse á un extremo. Gente de todas clases que no han encontrado paso por la escalera escala el barandal, ocupando en tumulto la azotea, sentados, en pie, amontonados por las lanzas vigilantes.

PERO BERMÚDEZ

Que trae un cautivo á empujones: un fiero almoravide cubierto de polvo.

Mío Cid, este Almoravide vuestros soldados prendieron,
cuando iba de casa en casa predicando un alzamiento.
Es del emir Ben Gehaf un aliado; secretos
guarda los planes de entrambos, y nuestros golpes no hicieron
que del traidor Ben Gehaf revelara el paradero.

CID

El tiene todas las trazas de ser un soldado recio.

Dirigiéndose al cautivo.

¿Qué aguardas tú?

ALMORAVIDE

Las mazmorras.

CID

¿Y no las temes?

ALMORAVIDE

Las quiero.

PERO BERMÚDEZ

Ya han encendido en la plaza, mientras que falláis, el fuego;
y están abriendo la zanja donde hundirle medio cuerpo.

CID

¿Por qué no respondes, moro, cuando te aguarda el tormento?
Mira que yo puedo darte la libertad.

ALMORAVIDE

La desprecio.

CID

¡Mira que contradicciones ni á mi rey se las tolero!

ALMORAVIDE

¡Mira que ansiando la muerte á nadie en el mundo temo!

CID

¿Tú no tienes mujer, hijos, un amigo, un pobre viejo
que si yo te los arranco echen tus brazos de menos?

ALMORAVIDE

Yo tengo á Alah en las alturas, y acá en la tierra, el desierto.

CID

Pero, en fin, si mientras vives hay esperanza en el pecho
y si la lanza mejor no vale después de muerto,
tú, que tienes fuerte el brazo, ¿qué adelantas con perderlo?

ALMORAVIDE

Al tormento de tus pláticas preferiría el del fuego.
Tantas palabras, cristiano, no salen de bravos pechos.

CID

¡Y tanta impaciencia en tí, por Dios que no la tolero!

A Pero Bermúdez,

Llega acá, Pero Bermúdez, y carga con el hurraño:
dadle en Valencia una casa que tenga vistas al campo,
toda tan llena de sol que esté allí como en un baño;
de lo que háya en el Alcázar se le reserve un octavo;
tenga para pagar siervos que sirvan á su regalo;
háganle gran cocinal de legumbres y de platos,

coma con los dos carrillos y beba con ambas manos,
entren y salgan mujeres de la escalera á su cuarto,
clave en la tierra los dientes y cate si vale algo:
si entonces quitarte quiero la vida, sabré, africano,
dando el golpe en tus entrañas, que no doy el golpe vago:
no hoy, que casi me ordenas que te libre de su fardo:
cosa que tomarme puedo no la quiero de regalo
y vida que en nada estimas con quitártela, ¿qué alcanzo?

Unos soldados, capitaneados por Pero Bermúdez, y á una señal del Cid, arrastran al almoravide, que se defiende fuera de la sala; le quitan las cadenas, que él no quiere soltar, diciendo:

ALMORAVIDE

¡Alah maldiga á tus hijas! ¡Alah confunda tus pasos!

DON JERÓNIMO

La multitud se ríe y burla tumultuosamente del almoravide. El monje cluniacense dice, echando una larga bendición, con risa gruesa:

¡Dios prospere tus cocinas de legumbres y guisados!

CID

A punto os hallo, Jerónimo, que ya hace rato os buscaba.

DON JERÓNIMO

Vine, como vengo siempre, por si mi brazo os faltaba.

CID

Señal que te falta á ti con que servir tu templanza.
Siempre ofreciéndome empiezas y siempre pidiendo acabas.
¡Buen mendicante serías, si también no campearas!

DON JERÓNIMO

Honra es el pedirnos siempre, que á pocos señores cuadra;
que vos siempre podéis dar, por peticiones que os hagan.

CID

Haciendo transición de tono.

La que hoy os quiero otorgar ha de ser honra tan alta,
que vos con pedirme tanto jamás me la demandárais.
¡Escuchen bien lo que digo todas mis gentes cristianas!
¡Don Jerónimo, hoy saldréis bien honrado del Alcázar!

Tendiendo solemnemente las manos sobre la frente inclinada del monje.

Yo os hago Obispo en Valencia; así Dios no lo deshaga:
el paso que doy con vos es por tener cuenta de almas,
qué no es bien que, sin pastor, acampen los de mi raza.
Os otorgo el nombramiento porque pruebas tenéis dadas,
vos, que atacáis bien los cuerpos, de saber atar las almas:
bautizadme á la morisma de buena ó de mala gana;
tantos bautizadme al día cuantos quepan en la plaza
y echad agua con la izquierda si es que la diestra se os cansa.
No vengáis luego á decirme que el bautismo es más que el agua,
que sin la voluntad de ellos el sacramento no es nada:

ellos, allá den sus cuentas; las nuestras están saldadas:
vos y yo con bautizarles cumplimos: dentro del alma,
¿qué pueden vuestros latines, ni qué podría mi espada?
¿qué más pedís?

DON JERÓNIMO

Inclinándose.

Para honor de mi báculo unas lanzas.

CID

¡Tomad la flor de mis huestes y dad el mando á Minaya!

El Cid desnuda su cabeza; se inclina besando la mano del cluniacense. Murmullos en la multitud.

¿Quién murmura?

MUÑO GUSTIOZ

Aquí, unas gentes por los tributos reclaman.

CID

De ellos se hablará.

Un pelotón de moros miserables se adelanta en zalemas exageradas.

MONTALEB

¡Alah siempre te ilumine en las batallas,
mío Cid! Tú ofreces justicia y venimos á implorarla.

34433

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Sin tu venia tus soldados han entrado en nuestras casas:
usan de nuestras mujeres y duermen en nuestras camas:
requeridos, nos responden que se valdrán de las armas:
no fueron estas, mío Cid, tus promesas en la Aljama:
acuérdesete, Rodrigo, de la palabra empeñada:
que toda la morería quedaba á salvo en sus casas.

CID

¡Gente vencida! ¿así usáis de la libertad lograda
que os alzáis para acusar donde hasta el aire os regalan?
¿No prometisteis también vosotros en el Aljama
entregarme á Ben Gehaf, para que lo sentenciara?
¿Dónde está el Emir?

MOTALEB

*Esquivándose: los otros moros le van
abandonando.*

Mío Cid, perdido de todos anda.

CID

¡Mientes!

MOTALEB

Dijeron que herido murió, cubierto de llagas.

CID

¡Mientes!

MOTALEB

Su tumba
en un muro toda la gente señala,
que aun tiene en las hendeduras movediza la argamasa.

CID

Tan movediza, que él deja su tumba cada mañana,
y contra el Cid, en Valencia, hasta las piedras levanta:
tan movediza, que él mismo os ha enviado al Alcázar
contra mis propios soldados á reclamar mi palabra:
quiero que vivos salgáis solo porque así, en el alma,
he de quedarme seguro que mi respuesta le alcanza:
mis soldados son mi brazo, y, ¿á quién visteis que tomara
cuentas á su mismo brazo, como si él no lo animara?
¡Decidle, si él lo halla justo, que él os lleve á vuestras casas
que para exigirme pactos venga en persona al Alcázar,
que, si la he dado, aquí mismo vuelvo á tomar mi palabra:
no ha de obligarme la mía con quien á las suyas falta!

VOCES

¡Arrastradles!

CID

Nadie toque
á la gente musulmana:
que son mensajeros míos y mi mensaje les salva:
¡ábranles paso en la turba hasta la calle mis lanzas!

Así lo hacen unos soldados: gritos, pro-

testas, tumulto creciente en la muchedumbre, que los soldados estrujan para abrir paso á los moros.

¡Silencio!

UNA MUJER

¡Señor! mis hijos morirán si no me amparas:
soy viuda y tu almorarife los tributos me reclama.

OTRA MUJER

¡Mío Cid! ¡La Alcudia es pequeña y son muy grandes tus arcas!

VOCES

¡Misericordia!

OTRAS VOCES

¡Favor!

UN HOMBRE

Mío Cid, los tributos...

CID

¡Basta!

Los tributos de este mes no he de cobrarlos: mis arcas se abrirán para el alivio de mi gente castellana. Habrá fiestas en Valencia: la Mezquita, consagrada, se abrirá al culto de Dios. ¡Santa María nos valga! ¡Habrá fiestas en el Coso y torneos en la plaza,

que el Rey toma de la mano mis dos hijas y las casa!
Los Infantes de Carrión son los yernos que me manda...
¡que me honre en ellos Valencia y que esta noche haya zambra!

Una larga aclamación acoge estas palabras. Muño Gustioz, con los soldados, sale llevándose las gentes por delante. Entretanto se han despedido del Cid los Infantes y el Obispo Don Jerónimo. A Minaya:

Esta audiencia me ha rendido más que me rindió la algará.
¡Quién gobernara á los hombres como gobierna una lanza!

TÉLLEZ MUÑOZ

Entrando precipitadamente por la lateral.

¡Señor!...

CID

Sobrino, ¿á qué vienes, que llegas tan sin aliento y cubierto de polvo?

TÉLLEZ MUÑOZ

Señor, no pude asistir á tu audiencia...

CID

¡Ni te hace falta, que estamos conformes siempre, los dos, en las mismas justicias!

TÉLLEZ MUÑOZ

Corrí á informarme: hasta ahora dudaba:

ahora ya sé que era cierto: ¡venía
para acusar en la audiencia á traidores!

CID

Habla, que tú eres leal y no mientes.

TÉLLEZ MUÑOZ

Trayendo cartas del Rey han venido...

El Cid se interesa.

buscando vuestra amistad dos Infantes:
aun no han probado su lanza en la algará,
y ya Valencia les llama cobardes.

CID

Muñoz...

TÉLLEZ MUÑOZ

Ayer les han visto en la Alcuía,
tratar secretos con moros infieles...

CID

¡Téllez Muñoz: no has venido á la audiencia
y solo en ello he de ver tu disculpa:
muerte tu lengua ante el Cid! Los Infantes
son tus señores desde hoy, ha querido
el Rey casar á mis hijas con ellos...

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Señor!...

CID

¡Y el Cid empeñó su palabra!

TÉLLEZ MUÑOZ

¡Nunca, señor!

CID

¿Qué he escuchado?... ¿No puedo
ya sin tu venia mandar en lo mío?

—Y pues, rebelde, á mis actos te atreves,
yo he de obligarte á enmendar este hierro:
te hago, por mí, capitán de mis hijas:
tú sacarás á la algará su enseña,
y de Carrión llevarás el escudo:
defenderás con tu vida las armas
que hoy has querido manchar: será tuyo
todo el honor ó el baldón de mis deudos!
...¿reclamas?...

TÉLLEZ MUÑOZ

Soy vuestro siempre, mío Cid,
mientras el peso no agote mis fuerzas.

CID

Libre te haré, si la carga te abruma,

de ir á Castilla, á mayores holganzas,
que allí la vida es ligera, que tiene
Castilla un Rey y Valencia tres Cides.

TÉLLEZ MUÑOZ

Si consentís, me quedo en Valencia.

CID

Diré á Carrión que te dé su estandarte.

Con un gesto le indica la puerta. A Alvar Fañez:

Y este es un hombre leal, Alvar Fañez:
y él se va herido, y yo siento la herida.

Dando á entender las dudas conque queda.

¡Ah, mano dura del Rey, cómo pesas!

En compañía de Alvar Fañez se dirige á la torre, donde sus hijas y su mujer le aguardan.

TELON

ACTO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO DE PES"
c/s. 1125 MONTEBELLO, BUENOS AIRES